



ROMANCE TRAGICO

DE DON ANTONIO BENAVIDES DE LACERDA  
Y DOÑA MARIA TERESA.

*Refiérese como un caballero andaluz se enamoró de una señora natural de Palermo, por la cual tuvo una reñida pendencia, y habiéndose embarcado para España, fueron cautivos de moros: con lo demas que verá el curioso lector.*

PRIMERA PARTE.

En el pensil mas florido  
que humana naturaleza  
puede articular primores  
de hermosura y de grandeza,  
donde mostró su poder  
el Autor de cielo y tierra;  
(pues con decir es Palermo,  
se dijo toda belleza):  
se crió una hermosa dama,  
tan graciosa, que en sí mesma  
lleva el abono de linda,  
con desgracias que la cercan.

Es su nombre y apellido  
Doña María Teresa  
de Faro, Leon y Torres,  
casa tan noble, que cuentan,  
que muy pocas en Palermo  
la igualan en la nobleza.  
Con ostentacion y gala  
creciendo esta dama bella,  
siendo de catorce años,  
disparóle una saeta  
el vendado niño ciego,  
(que mas su poder ostenta

en lo humilde, tierno y débil,  
 que en el que fuerte desprecia  
 sus amorosos arpones  
 resistiéndose á sus flechas)  
 é inclinó su voluntad  
 á un andaluz de Antequera,  
 que le llaman Don Antonio  
 Benavides de Lacerda,  
 tan singular, que en España  
 es notoria su belleza.

Estos dos finos amantes  
 se estiman con tantas veras,  
 que en los dos cuerpos un alma  
 con el amor se alimenta.

Viviendo con esta union,  
 en que el amor los sujeta,  
 quiso Don Juan Piñateli,  
 napolitano, en inquietas  
 sediciones deshacer  
 tanta union con violencia.

Escribióle á Don Antonio  
 un papel, en que le reta  
 para el campo, y luego en él  
 le dirá la causa cierta  
 que le mueve al desafío  
 de aquella campal empresa.

Admitiólo luego al punto,  
 su valor no dando treguas  
 hasta saber el motivo  
 que al napolitano mueva.

Llegaron los dos al sitio  
 señalado, y sin espera,  
 así dijo Don Antonio  
 á Piñateli: ya es fuerza  
 que aquí me digais la causa  
 que me trae á la palestra.

Y Piñateli responde  
 con muy pronta diligencia:  
 sí la diré, pues es justo  
 que mi dolor os refiera.  
 Esa deidad que en el pecho  
 colocaste por diadema

de tu amor firme y dichoso,  
 es quien mueve mis empresas;  
 ese cielo á que yo aspiro,  
 Doña María Teresa  
 de Faro, Leon y Torres,  
 es causa de mis dolencias;  
 y así suspende el impulso  
 que llevas en poseerla,  
 ó los filos de mi espada  
 castigarán tus ideas.

El valiente Don Antonio,  
 al escuchar tal respuesta,  
 no hay tigre hircano de Albania  
 que á su enojo igualar pueda,  
 y le dice: fementido  
 Piñateli, cómo intentas  
 quitarme el alma que tengo  
 dando vida á mis potencias?  
 No sabes que es corto orgullo  
 el tuyo para la empresa,

y que es imposible eso,  
 aunque Nápoles viniera?  
 Se arroja con valentía,  
 con tan no vista destreza,  
 que le alcanzó con un tajo,  
 rompiéndole la cabeza.  
 En cuyo trabado lance,  
 dijo Piñateli: ea,  
 favor aquí de los míos,  
 y seis ó siete le cercan,  
 que en emboscada tenia;  
 los cuales con ligereza  
 embisten con Don Antonio,  
 quien esgrimiendo su diestra,  
 á los primeros embites  
 uno muerto quedó en tierra.  
 En este fuerte intermedio  
 de acción tan infame y fea,  
 un turco acaso pasaba,  
 y mirando la tragedia,  
 tomó la espada del muerto,  
 y con invencibles fuerzas,

al lado de Don Antonio  
 se puso, diciendo: perra  
 canalla traidora, cómo  
 con tan no vista insolencia  
 batallais tantos con uno?  
 Y partiendo con destreza,  
 no quedó traidor alguno  
 en el campo que no huyera.  
 Reconociendo esta acción  
 Don Antonio de Lacerda,  
 le dice: quién eres, hombre,  
 que tan bizarro te muestras?  
 Dijo el esclavo: yo soy  
 un turco, á quien las tragedias  
 y mi fortuna inconstante  
 redujo á tanta miseria  
 de ser esclavo en Sicilia;  
 pero noble en tal manera,  
 que si volviera á mi patria,  
 vasallos me obedecieran.  
 Este he sido y este soy,  
 perdonad mi osada empresa,  
 que solo quise serviros  
 en acción tan baja y fea,  
 como en la que los contrarios  
 ejercitaron sus fuerzas.  
 No respondió Don Antonio,  
 mas que decirle que fuera  
 á acompañarle gusto,  
 advirtiéndole que era fuerza  
 el que los dos á sagrado  
 se retiraran, pues hecha  
 una muerte en el fracaso  
 quedaba por cosa cierta.  
 Retiráronse á un convento,  
 y á otro día con presteza  
 supo el dueño del esclavo,  
 y se valió con cautela  
 de un amigo confidente,  
 para hacer la diligencia  
 del rescate y del dinero,  
 y la libertad trajera;

como en efecto así fue,  
 y húbola sin resistencia.  
 Llamó al turco Don Antonio,  
 y hablóle de esta manera:  
 ya estás libre, noble turco;  
 que si anoche tu nobleza  
 amparo me dió en el campo,  
 agradeciendo finezas,  
 hoy te doy la libertad;  
 este es el auto que espresa  
 tu rescate, ahí le tienes:  
 y porque mas bien lo creas,  
 ya queda en el puerto nave  
 que te conduzca á tu tierra.  
 El turco de agradecido  
 vertia lágrimas tiernas,  
 y le dijo: oh! quiera Alá,  
 que algun día pagar pueda  
 beneficio tan supremo;  
 y que la inconstante rueda  
 de la fortuna se fije  
 solo en dichas de tu esfera.  
 Despidierónse amorosos,  
 partiendo el turco á su tierra,  
 y el famoso Don Antonio  
 á escribirle la tragedia  
 que acontecia, á la hermosa  
 Doña María Teresa.  
 Escribióle por estenso  
 todo el caso, y que si era  
 gustosa, la sacaría  
 en aquella noche mesma  
 con seguro de su casa,  
 y puestos con ligereza  
 en una nave española,  
 que estaba ya de su cuenta  
 para hacer viage á España,  
 que enviáse la respuesta;  
 pues la justicia en Palermo  
 que le buscase era fuerza:  
 y de esta suerte cesaba  
 tanta máquina de penas

como el corazon tenia,  
 temeroso de perderla.  
 Recibió Doña María  
 esta carta, y con presteza  
 respondióle: amante mio,  
 dulce imán de mis potencias,  
 ya reconoce mi afecto  
 el riesgo, que con cautela  
 te ha buscado un alevoso;  
 y así respondo, que queda  
 mi amor constante esperando  
 el seguirte en tus tragedias.  
 Dios te guarde, dueño mio.  
 Doña María Teresa.  
 Cerró el pliego, y remitiólo,  
 el cual al instante llega  
 á manos de Don Antonio,  
 y en leyéndolo, se apresta  
 para el lance, disponiendo,  
 que se pusiese á la vela  
 la nave que queda dicha  
 para la presente urgencia.  
 Llegó la noche, y resuelto  
 amante fino se llega  
 á la casa de su dama,  
 que estaba de centinela,  
 esperando que su amante,  
 como lo escribió, viniera.  
 El que le dijo: sois vos  
 Doña María Teresa?  
 Yo soy, esposo del alma,  
 quien firme amante te espera.  
 Dijo Don Antonio entonces:  
 agradezco tus finezas;  
 y así, dueño de mi vida,  
 vamos que la nave espera  
 para hacer viage á España,  
 que allá en mi patria Antequera  
 ligarán las bendiciones  
 de nuestra Madre la Iglesia  
 nuestras finas voluntades;  
 así el Dios supremo quiera

darnos próspero viage.  
 Toda su ropa le entrega,  
 marchan al puerto, y la lancha  
 que de prevencion espera,  
 condujo á los dos amantes  
 á la nave, y á la vela  
 se hacen alegres, marchando  
 para España con presteza.  
 Pero estando en alta mar,  
 aquella inconstante rueda,  
 que solo devana varia  
 las desdichas y tragedias,  
 les redujo á tal estado,  
 que igual no es fácil se advierta.  
 Enojóse el gran Neptuno,  
 y sus espumas elevan  
 á la triste navecilla  
 hasta las estrellas mismas;  
 ya á lo profundo la abaten,  
 ya entre cristales se anega;  
 y zoroabrando afligida  
 la gente, en sus ansias mismas,  
 no podia hallar recurso  
 que de algun alivio fuera.  
 Corrieron esta borrasca  
 tres dias, sin que pudieran  
 los suspiros y oraciones  
 suspender tan gran tormenta:  
 y al cabo de ellos se hallaron  
 atacados con tal fuerza  
 de una nave de argelinos,  
 que sin hacer resistencia,  
 fue preciso el entregarse,  
 ó las vidas se perdieran.  
 Aquí fueron los sollozos,  
 vertiendo lágrimas tiernas  
 los afligidos amantes,  
 viendo su fortuna adversa.  
 Fueron llevados á Argel,  
 y así que saltan en tierra,  
 los pusieron, como estilan,  
 á los cautivos en venta.

A pregon siendo vendidos,  
Doña María Teresa  
se destinó para Tunez,  
que un turco de rica esfera  
la enviaba de regalo  
á un gran señor que gobierna;  
y el famoso Don Antonio  
Benavides de Lacerda  
quedóse pobre cautivo  
en Argel con gran miseria.  
Qué pluma podrá pintar  
el dolor, angustia y pena,  
que estos dos finos amantes  
tenian en su tragedia!  
Decia Doña María,  
vertiendo sus ojos perlas:

Ya que en la primera parte  
afrecí daría cuenta  
del fin que tuvo esta historia  
de Don Antonio Lacerda;  
quedamos en que cautivos  
los dos amantes se quedan,  
dentro de Argel Don Antonio,  
arrastrando una cadena,  
y á Tunez fue de regalo  
Doña María Teresa.  
Llegó pues con el presente  
un turco que es quien lo lleva,  
á un gran señor á quien iba  
remitida la belleza  
de dama tan desgraciada;  
y apenas el pliego entrega  
con el regalo ya dicho,  
cuando el noble turco queda  
absorto de la hermosura,  
que la Magestad suprema  
sustentando en un sugeto,  
y viendo que sus dos soles  
salaban vertiendo perlas,

5

á Dios, esposo del alma;  
quién en tus trabajos fuera  
alivio, gozo y descanso,  
que los míos menos fueran!  
Respondiendo Don Antonio:  
hermosa dama, Dios quiera,  
pues por mí te ves cautiva,  
que con sangre de mis venas  
consiga tu libertad,  
y así cesarán mis penas.  
Y hablándose con los ojos,  
dividieron con fiereza  
estos dos cuerpos y un alma,  
que de amores se alimentan.  
Y en otra segunda parte  
diré lo demas que resta.

## SEGUNDA PARTE.

lamentando su desdicha,  
le dijo el turco: no temas,  
cristiana, pues te aseguro,  
vienes á tu casa mesma;  
no pienses que como esclava  
estarás en mi presencia.  
Respondió Doña María:  
yo, señor, que piense es fuerza,  
soy tu esclava, pues fortuna  
con un vuelco de su rueda  
me redujo á aqueste estado  
dichoso, porque en él pueda  
servirte con mucho gusto,  
obediente á tu grandeza.  
Dijo el turco: sobre hermosa,  
sois cristiana muy discreta.  
Despachó luego al instante  
al enviado, con treinta  
cequíes de gratitud  
para él solo, y otros treinta  
valones de rica grana,  
y hermosas ropas de seda  
para su correspondiente,  
como grata recompensa

del regalo recibido,  
 que estima sobre manera.  
 Al cabo de algunos dias,  
 el turco, como se encuentra  
 tan herido del amor,  
 pues sus crueles saetas  
 penetraron hasta el alma;  
 discurria allá en su idea  
 una ocasion oportuna,  
 con que él hablarle pudiera  
 á su adorada cautiva,  
 á aquel cielo que venera  
 por imán de su alvedrío,  
 y norte de sus potencias;  
 á aquel prodigio humanado,  
 Doña María Teresa,  
 que triste y desconsolada,  
 en sus oraciones tiernas  
 clamaba á la Vírgen pura,  
 diciendo de esta manera:  
 Madre de Desamparados,  
 Vírgen pura, hermosa y bella,  
 alcanzad de vuestro Hijo,  
 Señor nuestro, me defienda  
 de tantas persecuciones,  
 con que este turco me cerca.  
 No permitais, Madre mia,  
 ya que cautiva me vea,  
 el que ofenda á vuestro Hijo;  
 sed mi amparo y mi defensa.  
 Asi suspiraba triste,  
 pero su amo que observa  
 sus aflicciones, la dice:  
 es posible, ingrata bella,  
 que la tristeza en tu pecho  
 tan de firme se aposenta?  
 tú eres señora absoluta  
 de mi alvedrío, y si fueras  
 agradecida á mi amor,  
 lo fueras de mis riquezas;  
 pero si ingrata prosigues  
 con el menosprecio, piensa

que quien te estima soy yo,  
 y si cruel tu belleza  
 no corresponde á mi amor,  
 y desprecia mis finezas,  
 que lo que no mis cariños,  
 ha de lograrlo la fuerza.  
 Mas viéndola estar constante,  
 y firme hacer resistencia,  
 obstinado se arrojó  
 con acciones descompuestas,  
 que fue preciso á la dama  
 le dijese: aguarda, espera,  
 que si piensas que estoy sola,  
 no estoy sola, no lo creas,  
 que tengo amante presente,  
 que se pondrá en mi defensa,  
 y que sabrá castigar  
 demasias desatentas.  
 Dijo el turco: cómo es eso?  
 pues quién en mi casa fuera  
 capaz para ser tu amante,  
 que tan solo yo no fuera?  
 Respondióle muy briosa  
 Doña María Teresa;  
 quien mi corazon ocupa,  
 cual dueño de mis potencias,  
 aunque ausente, con su imágen  
 haciéndome está defensa.  
 Replicóle: no es posible,  
 si mas claro no lo muestras.  
 Entonces Doña María  
 le respondió: porque veas,  
 que es muy cierto lo que digo,  
 esta paridad lo muestra:  
 no has visto un pomposo árbol  
 arraigado en fértil tierra,  
 que el labrador ingenioso,  
 queriendo que el fruto sea  
 á medida de su gusto,  
 le acota en parte, y con ciencia  
 le introduce cierta rama  
 de otro árbol, de manera,

que queda con él unida,  
 y se ve por experiencia,  
 que echa el fruto introducido,  
 y el de su naturaleza,  
 siendo tan firme esta union,  
 que inseparable se muestra?  
 Pues de esta suerte yo fui  
 producida de la tierra,  
 llegó el amor ingenioso  
 con una aguda saeta,  
 que me pasó el corazón,  
 é introducida la deja;  
 con cuya especie ingirió  
 distinta naturaleza  
 á la mía, la cual vive  
 tan patente en mis potencias,  
 que sin que pierda yo el sér,  
 el suyo unido se queda:  
 y también de la amorosa  
 de Don Antonio Lacerda;  
 mira si estará presente  
 donde estoy yo, de manera,  
 que no puede estar el uno  
 sin el otro por esencia.  
 El turco que aquesto oyó,  
 prorumpió, diciendo: espera,  
 hermosa deidad, y dime,  
 qué Don Antonio Lacerda  
 es ese que me refieres,  
 que pendiente de tu lengua  
 está todo mi cuidado,  
 aguardando la respuesta?  
 Respondió Doña María:  
 es, señor, porque lo sepas,  
 un caballero andaluz,  
 que es natural de Antequera,  
 tan galan como un Adonis,  
 discreto sobre manera,  
 esforzado como él mismo,  
 y noble sin competencia.  
 Llegó á Palermo mi patria,  
 y Cupido con saetas

unió nuestros corazones,  
 como ya dicho te queda:  
 á este tiempo un cruel traidor  
 napolitano, en inquietas  
 sediciones intentó  
 romper la dulce cadena  
 de nuestras dos voluntades,  
 previniendo con cautela  
 una emboscada traidora,  
 y luego al campo le reta,  
 para que allí descuidado  
 mi amante, muerte le dieran.  
 Llegaron por fin al sitio,  
 la emboscada estaba alerta,  
 salen; pero un noble turco  
 le defendió en la palestra,  
 y con su favor y auxilio  
 Don Antonio se liberta.  
 Quedó un muerto y un herido  
 en esta fuerte refriega,  
 y dejando de aquel turco  
 la libertad ya dispuesta,  
 nos embarcamos huyendo  
 á España con ligereza.  
 Estando ya en alta mar,  
 los argelinos nos cercan,  
 y cautivos, en su playa  
 nos pusieron luego en venta.  
 A mi amante lo compró  
 un turco de gran riqueza,  
 y á mí tu correspondiente,  
 trayéndome á tu presencia,  
 en la cual.... No digas mas,  
 suspende la voz, espera,  
 que no sabes los misterios  
 que tus fortunas encierran;  
 vive segura en que presto  
 á tu amante libre veas.  
 Luego al instante dió orden  
 á sus criados, que fueran  
 á prevenir una nave  
 conducente á su grandeza.

Hecho esto fue llamada  
 Doña María Teresa  
 por el turco, y sin decirle  
 sus pensamientos ni ideas,  
 ambos á dos se embarcaron  
 para Argél con gran presteza,  
 Llegaron pues á su puerto,  
 y desembarcando en tierra,  
 el turco fue y preguntó  
 con eficaz diligencia  
 por el que habia comprado  
 á Don Antonio Lacerda.  
 Luego le dieron noticia,  
 y sabiendo ya el que era,  
 le visitó muy cortés,  
 y despues de sus zalemas,  
 le dijo que era su empeño,  
 que un cautivo de Antequera,  
 que se llama Don Antonio  
 Benavides de Lacerda,  
 se le entregase al instante,  
 por el precio que quisiera.  
 Le respondió que gustoso  
 en aquella hora mesma  
 le serviria, y llamólo,  
 que ocupado en su tarea  
 con los demas compañeros  
 estaba en grande miseria.  
 Pagó luego su rescate,  
 y dijo que le siguiera:  
 fueron ambos donde estaba  
 Doña María Teresa,  
 y al instante que se vieron,  
 mudas quedaron sus lenguas,  
 del júbilo y alegría  
 que en sus corazones reina.  
 El turco con grande gozo  
 les dijo de esta manera:  
 ya estás libre, hermosa dama,

tú y Don Antonio Lacerda,  
 que si en Sicilia me diste  
 libertad con gran franqueza,  
 hoy en Argél yo te pago  
 con esa misma moneda.  
 Tu esposa intacta te entrego,  
 con una nave ligera  
 cargada de bastimentos  
 y regalos de mi tierra,  
 para que con fin dichoso  
 os conduzca hasta la vuestra.  
 Id en paz, noble español,  
 y que la fortuna adversa  
 se reduzca solo á dichas  
 á vuestro arbitrio sujeta.  
 Don Antonio con su dama  
 dan al turco con terneza  
 repetidísimas gracias  
 por tan singular fineza.  
 Se despiden amorosos,  
 y echando la nave velas,  
 con confianza en la Virgen,  
 para España dan la vuelta,  
 cuyo viaje lograron  
 con felicidad entera,  
 pues dentro de breves horas  
 llegan á Málaga bella,  
 y desde allí se pasaron  
 con prontitud á Antequera,  
 donde de los suyos fueron  
 admitidos con gran fiesta.  
 Celebróse el matrimonio,  
 dando á la Bondad suprema  
 repetidísimas gracias  
 por el bien que les dispensa.  
 Y concluyendo la historia,  
 humilde pide el poeta,  
 que le perdonen las faltas  
 que en este escrito se adviertan.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24.*